

LA BUENA GENTE, COMO ADOLFO RUIZ DÍAZ

Por Julieta Ruiz Díaz



Para Julieta, Papá

Hoy es nuestro número 35 de ***Hay que decirlo con libertad.***

Como siempre, me quedé un rato muy largo mirando la hoja, hoy computadora, en blanco. Como tantos dicen antes de escribir, ese blanco produce, me produce, una mezcla de espanto, fascinación, parálisis, pero, por sobre todas las cosas, me produce un gran amor. Y siempre, más temprano o más tarde, todo lo que hago lo asocio con vos, Papá. No trato de evitarlo tampoco, porque me hace muy feliz, pero si quisiera, tampoco puedo negar que “aparecés” permanentemente porque en realidad, nunca te fuiste, ni aun ese 6 de junio de 1988.

Repito lo mismo, pasan los años y la gente no te olvida. Te recuerdan como el intelectual brillante que fuiste y como una persona inmensamente generosa y buena.

Me acuerdo una vez, que estábamos en tu biblioteca y yo te decía que cuando fuera grande quería ser Veterinaria. Me dijiste que le ibas a hablar al señor Nieto (creo que era su apellido) para preguntarle si tenía libros de veterinaria para que los fuéramos a ver. Lamentablemente no llegamos a ver esos libros. Me hubiera gustado verlos con vos. Estudiaste muchos años medicina. Dejaste. Lamentablemente también, la vida, el destino o ya no sé cómo bautizarlo, hizo que yo no fuera Veterinaria. Te aseguro que todavía se me retuerce el estómago cuando veo tu libro de histología que yo amaba o cuando entro a una simple clínica veterinaria. Pero esa es otra historia.

Y me acuerdo de que, claro, yo no me daba cuenta a los 8 años que vos ya tenías tu profesión. Y te pregunté: y vos Papá, ¿qué querés ser cuando seas grande? Y sonreíste. Pensaste, y me dijiste: la profesión más difícil y la que estoy seguro de que además de veterinaria, vas a seguir vos también: buena gente. Y no entendí mucho, pero me gustó porque me abrazaste y me diste un beso en la cabeza, como tanto me gustaba. Eras muy muy cariñoso. Y después, seguiste escribiendo y yo mirando tus libros. Unos años después entendí.

Pasaron los años, ha pasado vida, y anoche recordé esta conversación. Tarde. Muy entrada la madrugada. Quizás porque a la tarde me escribió Pilar, Pilar García Santos. Amaba ir con vos a su librería. Y sigo yendo y hablamos de vos. Gracias a Pilar me contacté con un ex alumno tuyo radicado en México: Hugo Sáez. Me emocionó tanto todo lo que me dijo sobre vos, que esta mañana nos comunicamos nuevamente y nos contamos que ni él ni yo pudimos dormir.

Y, cada día constato, de que además de ser un genio, eras lo que quería ser, esa buena gente. Y mirando, entre tantos artículos tuyos, con la nostalgia intacta, hoy te pido permiso para publicar tus Antimemorias. Cada vez que lo leo me emociona. Han pasado 52 años desde que lo escribiste. No parece. O sí. Es bellísimo. Te repito, me susurro cada día, que admiro tu bondad, tu generosidad y tu pasión.

ANTIMEMORIAS

Por Adolfo Ruiz Díaz, 1969.

Reconozco que me gusta hablar de mi vida y que detesto escribirla. A menudo mis amigos me han insinuado, sugerido o propuesto que redacte algunos de los recuerdos que llenan mi memoria y que generalmente les endilgo cuando me aburre lo que me cuentan.

Pero para no perderme en análisis inútiles – la psicología de aficionados y la afición a los prolegómenos llevan a los peores fraudes- todo lo que debiera

explicarse resume en una conclusión ingenua: tratándose de mí le tengo miedo a la palabra escrita. Quizás porque creo que escribir para otro impone una veracidad que probablemente no está en condiciones de cumplir la autobiografía. De manera que el personaje que ofreceré acaso se parezca a mí, pero de ningún modo podría afirmar que soy yo.

Donde mejor me reconozco es en la imagen de las diversas casas en que he vivido y que sin embargo son siempre una: mejor que mi casa, **nuestra** casa. Nuestra sin ningún derecho económico. Jamás viví en lo que se llama **casa propia** y que significa simplemente que uno tiene títulos debidamente legalizados. Toda la serie de casas alquiladas compone, digo una sola imagen. Y en ella resaltan siempre dos habitaciones. Una, el comedor, la otra, la mezcla de laboratorio, biblioteca y taller que mi abuelo llamaba su cueva y donde desde muy chico tuve el orgullo de ver colocadas una mesa y una silla que crecieron conmigo. En el comedor había un inmenso cuadro al óleo con gran marco dorado, regalo de un paciente agradecido y pintado por una de sus hijas. El cuadro cumplía una curiosa función: servía para discutirlo y, por lo común, para denigrarlo. En estos desahogos participaba toda la familia y eran una suerte de piedra de toque para advertir nuestra admisión para quienes gozaban el derecho de hablar en la mesa. En general, esta relativa libertad de palabra o de juicio crítico se concedía a los seis años. Mi madre, en especial – la pintora de la familia-, se ensañaba con ese paisaje compuesto con una riqueza de obra maestra y con la perfección en el fracaso que solo logran no ya los pintores malos sino los que pintan con la confianza de no ser pintores. Constaba de algo así como un lago, o arroyo, o laguna, que abarcaba las tres cuartas partes del primer plano, un par de cévidos con veleidades de jirafas que bebían en la espuma azulada, árboles sin equivalente botánico y un castillo siglo XVIII que asomaba sus torres entre los follajes. Ahí aprendí que el cariño a una obra es indiferente al valor que le damos. Era un pariente feo, bastante zonzo, inofensivo y que se sentaba a nuestra mesa. También había un reloj de cuco que interrumpía, como amaestrado, los momentos culminantes de la retórica de uno de mis tíos, hombre que nunca pasó del metro sesenta, que hablaba como un juez, pero que jamás – creo que vive todavía- pasó de escribano, aunque llegó a padre de familia.

En el cuarto de mi abuelo, la cueva, había absolutamente de todo. Sigue teniendo en mi memoria el prestigio de lo inagotable. Los muebles eran funcionales. Varios de ellos improvisados por mi abuelo con cajones pintados, cepillados y modificados varias veces al año. Mi abuelo, que perteneció a una generación que admiró a Tolstoi, sostenía calurosamente las virtudes del trabajo manual, aunque rara vez consiguió martillar un clavo sin machucarse un dedo. Libros, muchos libros. Otro orgullo, preguntarles a los otros chicos cuántos libros tenían en su casa, para abrumarlos con los miles que había en la mía, y que yo algunos domingos comenzaba a contar, aunque nunca pasé de los mil ochocientos. Había de todo: libros de histología, psicología, y psiquiatría- en especial infantil- colocados en un orden que solo mi abuelo conocía. Su orden secreto- decía- le permitía encontrar cualquier título sin mirar, sin prender la luz. Esta habitación era reservada para los nietos y lo

admirábamos más por eso que por su fama de hombre de ciencia. También había microscopios, colorantes, montones de lápices, varios sacapuntas que nunca aparecían en el momento necesario y obligaban a acudir a una hoja de afeitar, que nos estaba prohibida, pero que manejábamos con destreza.

Olvidaba decir que había muchas novelas, muchos libros de versos, las obras completas de Sarmiento y, en lugar destacado, una edición madrileña de 1887, tapas rojas y letras negras en diagonal, de **Los primeros principios**, de Spencer. Fue el primer libro filosófico que leí: a los ocho años, año decisivo en que aprendí a leer. En la vida de mi abuelo, nacido en 1871, representaba su ingreso en el Positivismo, con todo lo que esto significaba en 1887 para un muchacho porteño educado en el Colegio del Salvador, expulsado varias veces por mala conducta, readmitido por su inteligencia y que en el fondo jamás fue positivista. El filósofo que más admiraba era Platón; pero me advertía que no había que leerlo antes de los veinte años, sin darme razones. Mi abuelo murió al cumplir yo dieciocho y postergué hasta los veinte la lectura de Platón, fiel a un prejuicio que me dio fuerzas para atravesar la obra entera de este filósofo, que me sigue acompañando hasta hoy. Fue, en parte, la atroz traducción española de Azcárate; en parte, traducciones francesas. Todo se paga. Aun hoy, con ínfulas críticas, con pretensiones de filólogo, el Platón que me viene a la memoria es siempre el primero que leí.

Perdí a mi padre al cumplir nueve años. Es una imagen sencilla pero muy precisa: era alto, increíblemente buen mozo, boxeaba, le gustaba el teatro y era el único de la familia apasionado por el fútbol. Nacido en Montevideo, era el más argentino de todos los que vivían en casa. Cuando perdimos en campeonato mundial en la Olimpiada de Amsterdam, papá se pasó las horas mirando con tristeza la instantánea del gol fatídico. Bossio en el aire, volando hacia el poste derecho, y la pelota pateada por Scarone, ya pasando la raya. Esta fotografía fue, para mí, la primera presencia de una derrota.

Los discos, la radio, la televisión se han llevado la familiaridad con la música. En muchas casas de entonces, aquella década del veinte, todavía se tocaba el piano, se tocaba el violín, se cantaba y se organizaban reuniones para oír a Fulano o Mengano. En casa esta frecuentación musical era asidua, casi continua. La música llegaba a mi cuarto de estudio, y a veces, pasados tantos años, asocio alguna melodía con algún tema que me alegró o me mortificó en el colegio. Todavía recuerdo mi primer encuentro los teoremas acompañado por los graznidos de un tenor afónico que había llevado uno de mis tíos a casa y que mi abuela soportó con estoicismo, aplaudiéndolo al final de cada aria, para, concluida la audición, con serenidad de gran señora, aconsejarle como una madre que se dedicara sin tardanza a cualquier otra cosa.

Como se habrá notad ya, el hombre que más ha influido en mi vida es mi abuelo materno. Fue un verdadero hombre de ciencia, increíblemente bueno. Murió muy pobre, quizás porque había ganado mucho dinero, si bien no le gustaba ejercer la medicina. Sus modos de desprenderse del dinero eran infinitos y tan delicados que rara vez los beneficiados se dieron cuenta. Para

colmo, murió dejando la fama de que era millonario. Por su padre, de una vieja familia argentina; por su madre, de origen francés. Esta bisabuela, que murió mucho después que él, más que centenaria, era la gloria de la familia.

Una vez más tengo que decir la verdad y puedo documentarla: fue una de las grandes pianistas de su tiempo. Se la recordó en Europa más que en la Argentina. Había nacido en Cuba y con coquetería recordaba que era española. Conoció a Chopin, a Bécquer, a Wagner, a Liszt. Liszt hasta le dijo algún piropo. Bécquer le dedicó un poema muy malo, uno de los tantos poemas de circunstancias, dejado caer en un álbum; tres o cuatro veces conseguí impedir que se publicara. Compuso tango y ya con noventa años era apasionada del jazz. “No tener cuarenta años menos...” era una frase que solía repetirme cuando la entusiasmaba algún juego de timbres contra todas las reglas clásicas. Sostenía que los pianistas de ahora- Backhaus, Giesekin y Orloff, Solomon, Brailowski, Iturbi, Arrau- eran mejores que los de su tiempo. Y solía decirme: “El que no entiende la música de su tiempo, la pintura de su tiempo, la poesía de su tiempo, no entiende ninguna otra. Ríete de los que aplauden a Mozart y silban a Stravinsky”.

Fui muy buen alumno y hasta medalla de oro. No sé por qué hay que seguir alimentando el mito de los haraganes inteligentes; pero me gustó más leer que estudiar. Dicen que me ayudaba la memoria. Es un elogio pérfido que todavía suelen clavarme. Me gustaban todas las materias, lo cual dificultó la elección de mi carrera. Todavía hoy mi mejor descanso de tanta filosofía y tanta literatura más o menos tocada de docencia es ponerme a leer libros de biología. Hasta hace unos años solía deslizar en clase alusiones a los peces y a las mariposas.

Tuve que elegir mi carrera el mismo año que murió mi abuelo: 1938. Elegí medicina. Fracasé. Me había habituado a un modo de estudiar, a un estilo de trabajo científico, imposible de exigir en una facultad. Insisto en que el equivocado era yo.

Fui a dar a Filosofía y Letras, una facultad de no muy buena fama en el círculo de mi familia y en el Barrio Norte. Una facultad de muchas mujeres, decían, donde se exigía poco, y que no podía ofrecer ningún porvenir. No puedo quejarme porque al fin de cuentas me ha ido bastante bien. Suelo encontrarme con un compañero de colegio que pudo haber sido uno de los mejores pensadores de nuestra generación. Eligió otra carrera, triunfó, es rico, famoso, y no es feliz. La Facultad de Filosofía y Letras era bastante alegre. Y eran años terribles: mis años de estudio coincidieron con la Segunda Guerra Mundial. No haré un informe universitario retrospectivo: fui muy buen alumno también, y hasta me doctoré en Buenos Aires con una tesis sobre Antonio Machado. Machado y Ortega Gasset han influido profundamente en mí. Tanto, que cuando se me ocurre algún verso o alguna idea pienso si no serán de ellos y no míos. ¿Por qué no hacerse la ilusión a veces de que uno puede haber sido ese filósofo o ese poeta?

A esta altura de mi vida, casi todos mis sueños se han vuelto retrospectivos. Por ejemplo, ya no alimento la menor esperanza de cantar alguna vez la zarzuela o de ser millonario. No tener esperanzas no significa descartar estas eventualidades. Ayer me sorprendí comprando un billete de lotería. Y a lo mejor la fantasía de mis alumnos logrará que salga entonando por ahí algún aria castiza. Por lo menos han conseguido empujarme a un escenario de comedia latina haciendo el papel de viejo moralista y tristón. Espero que el personaje no anticipe una faz última de mi destino.

Creo profundamente en la juventud actual. Esto significa todo lo contrario de adularla. No creo que esté bien todo lo que hace, pero creo que lo hace con fe en el porvenir y con un afán de llegar a realidades verdaderas que nosotros colectivamente no tuvimos. He tratado siempre de ayudar a los jóvenes en cosas concretas y de mostrarles que el descubrimiento de uno mismo no está en vagas cavilaciones, sino en ponerse a una tarea.

No sé si he sido feliz. Quizás entrar en la madurez significa no demorarse ya en esta clase de preguntas. De todos modos, cuando rememoro mi vida, tiendo a extraer de ella los momentos alegres.

Detesto la solemnidad y admiro la generosidad por sobre todas las cosas. Lo demás pertenece a la historia y no a esta autobiografía. No sé si mi historia interesará alguna vez a alguien.